

SECCION EXTRA MED

CIENCIA, TECNOLOGIA Y FILOSOFIA VS. MEDICINA

Discurso pronunciado en el 6to. Congreso Internacional de Cirugía.

Colegio Dominicano de Cirugía.

Dr. Pablo Iriquez

Ante todo, quiero expresar mi agradecimiento al señor Presidente del Colegio de Cirujanos, mi distinguido amigo, Dr. Diógenes Bergés, por la honrosa encomienda de dirigirles estas palabras.

Me siento verdaderamente halagado con el honor que se me ha conferido, porque mis escasas incursiones en el sacrosanto recinto del quirófano, me convierten por necesidad, en un ave rara, en medio de este distinguido conglomerado.

Pero debo añadir, que no he sido invitado en mi condición de médico ni mucho menos para presentar ponencia, como contraparte de algún tema quirúrgico. ¡Dios me libre de cometer aquí semejante desatino! Prefiero hablar de cosas que no se hacen con las manos.

Hace poco, hice una visita a un amigo muy querido, que acababa de perder a su esposa; como es lógico, mi amigo pensó que el objeto de mi visita, había sido, presentarle mis condolencias. Pero hasta ese momento, yo ignoraba su penosa situación.

Comimos juntos, departimos y al final, sin saber por qué, le dije unas frases afectuosas, refiriéndome a la importancia que adquiere nuestro trabajo cuando nos sentimos solos.

En verdad, no creo que lo habría hecho mejor, si hubiera pretendido darle el pésame, a sabiendas de lo ocurrido.

Minutos después, conversaba con el ilustre cirujano, Dr. Moreye Nusbaum, amigo entrañable del viudo y muy querido de quien les habla, enterándome entonces, a posteriori, del fallecimiento de la señora.

Al referirle el episodio anterior, me interrumpió y con

expresión socarrona, dijo algo, que podría traducirse mas ó menos, con la siguiente frase: "Yo conozco tu arte, de decir lo que hay que decir, aunque no sepas que lo estás diciendo".

Ese comentario, que según su procedencia, podría tomarse como un halago ó como una ironía incisiva, pasó por mi mente al preparar estas palabras, pues contrariamente al hecho referido, quizás tenga que decir, lo que no deba decir, pero a sabiendas de que lo estoy diciendo.

No es fácil establecer un orden de importancia, entre los mas notables triunfos de la cirugía moderna, donde pueden mencionarse, los grandes trasplantes, las prótesis cardíacas, la cirugía con rayos Láser y aunque parezca sorprendente, la disección enzimática del DNA; pues este procedimiento, bien puede representar la esencia de la cirugía, a nivel de biología molecular.

Y es así como el cirujano, lejos de limitarse hoy a proyectar la imagen del brillante operador que en décadas pasadas deslumbraba con una vistosa técnica quirúrgica, se coloca al lado del fisiólogo, aborda problemas de física médica y se preocupa por la química biológica.

En una visita que hice recientemente a Philadelphia, fui invitado por el Dr. Tumen, a una reunión de profesores Eméritos, donde se discutía el tema de la insuficiencia coronaria, y allí oí decir a un renombrado cirujano, que frente a esa condición, el objetivo de la cirugía era llenar el hueco, hasta que se adquirieran los conocimientos necesarios para curar y prevenir la enfermedad.

Esa postura, desde luego, se ajusta a muchas otras condiciones similares.

Si observamos el panorama que nos brindan algunas ra-

mas de la medicina, podría deslumbrarnos a primera vista, la participación del gran progreso tecnológico recientemente adquirido, en el estado actual del arte.

La cinefluorografía, como parte del estudio radiológico; la sonografía, la tomografía axial computarizada y la resonancia magnética nuclear, son ejemplos representativos de esa situación.

Pero como señala Larry Dossey, en su celebrada obra intitulada "El Espacio, el Tiempo y la Medicina", si comparamos el enorme costo de la hospitalización y las millonadas que se invierten en la investigación médica, con el poco beneficio que recibe el paciente, en un alto porcentaje de casos; podemos sentirnos frustrados y llegar a la conclusión, de que a final de cuentas, los resultados, en sentido general, son pobres.

Dossey considera que un factor importante para producir esta situación, ha sido la indiferencia de la medicina frente a los grandes acontecimientos que estremecieron a las ciencias físicas en sus propios cimientos, desde principios del presente siglo.

El enorme progreso de la física se ha hecho sentir en muchas disciplinas hasta el punto de transformarlas totalmente.

La radiometría, con la técnica del Carbono 14, por ejemplo, cambió por completo el estudio de la arqueología.

Los conceptos básicos de la geología fueron modificados de manera espectacular, cuando se logró establecer la secuencia de cambios ocurridos en la orientación de los polos magnéticos terrestres.

Con los radio-telescopios, los telescopios de rayos infra-rojos y las concepciones de la Teoría General de la Relatividad, la cosmografía nos muestra un universo completamente nuevo y excitante.

La física cuántica nos brinda un micro-cosmos fascinante, con variedades crecientes de partículas sub-atómicas y día tras día, los grandes aceleradores de esas partículas confirman de manera incontrovertible los postulados y predicciones de la Teoría Especial de la Relatividad.

Vale la pena señalar que hasta hace poco tiempo, esas demostraciones parecían inalcanzables.

De igual manera, se avanza hacia la estructuración de una teoría de campo unificado, capaz de satisfacer uno de los más grandes anhelos de la ciencia.

Pero ninguno de los conceptos teóricos de donde se derivan los grandes avances introducidos por la física moderna, ha logrado penetrar en la configuración del modelo científico de la medicina.

Hasta hoy, ese modelo sigue siendo puramente cartesiano; seguimos viendo el organismo como una máquina que realiza su multiplicidad de funciones, en un contexto tiempo-espacial clásico, similar al de la Mecánica Celeste de Newton.

Para la medicina, la Teoría de la Relatividad, no se ha introducido todavía.

Como insiste Dossey, podemos usar la nueva tecnología, con los procedimientos ya mencionados, pero siempre con el empecinamiento de un pragmatismo ciego y sordo, que no permite incorporar a la biología y a la medicina, la esencia teórica responsable de esos mismos adelantos.

Puede aducirse, sin embargo, que las deficiencias de las fórmulas Newtonianas sólo son puestas en evidencia por la Relatividad, cuando se aplican a fenómenos relacionados con velocidades cercanas a la velocidad de la luz; mientras los procesos biológicos, al igual que todo movimiento derivado de ellos, ocurren dentro de parámetros prácticamente ajenos a esas altas velocidades.

Si partimos del hecho establecido por la Teoría de la Relatividad, imponiendo que la velocidad de la luz es la mayor que puede alcanzarse en nuestro universo y pensamos en el tiempo que transcurre desde el momento de la fecundación de un óvulo, hasta que se convierte en un ser adulto, notamos de inmediato que estamos frente a dos situaciones muy distantes entre sí.

La filmación de una película con la mal llamada técnica de "cámara lenta", mostrando la forma en que un capullo se convierte en flor, nos permite apreciar con nuestros propios ojos, la diferencia que existe entre los hechos del mundo físico registrando velocidades cercanas a la velocidad de la luz y los fenómenos biológicos.

En realidad, los átomos que integran nuestros cuerpos, son los mismos que encontramos en toda la materia del universo; lo que nos convierte en un caso excepcional, es la forma en que se distribuyen y se asocian sus cargas eléctricas, para constituir la materia viva.

Vale la pena, sin embargo, citar la expresión de Niels Bohr, considerado como el más grande físico viviente, a la muerte de Einstein, cuando dice:

—"... quizás la riqueza de las formas matemáticas ocultas en la mecánica cuántica, es lo suficientemente amplia, para abarcar las formas biológicas". Pero hasta el momento, como ha dicho Heisenberg, ese otro inmortal de la ciencia: —"Parecería que lo concerniente a los quarks, los neutrones y los protones no tuviera aplicación en las macro-moléculas que forman nuestros tejidos, nuestras enzimas y nuestro organismo en sentido global".

Ampliando las consecuencias de ese comentario, hecho por el padre del Principio de incertidumbre, quiero señalar otros aspectos de mayor alcance.

Tales serían, la negación de la unidad armónica de todo el universo, que con tanto denuedo defendía el ilustre Teilhard de Chardin y la falta de interacción constante que debe existir entre todos sus componentes, como lo exige el pensamiento científico de hoy.

Es obvio, que al estudiar nuestro organismo, hacemos caso omiso, de las verdades establecidas por la física moderna, en lo que concierne a los átomos y a su conducta en el continuo espacio-tiempo que nos ha impuesto la Relatividad.

Pero las cosas van mas lejos todavía.

Según dicha teoría, nuestra noción tiempo—espacial, carecería de significado en la realidad del mundo físico.

Las propias palabras de Einstein nos dicen: "Pero nosotros, los que creemos en la física, sabemos que nuestra percepción del pasado, del presente y del futuro, no es mas que una terca y persistente ilusión de nuestros sentidos".

Y quiero hacer la aclaración, de que no dice esto en sentido figurado, sino con su significado literal y se toma el trabajo de querer explicarlo, en libros de divulgación científica.

Para él, lo que va a ser, se convierte en es, dentro del continuo espacio—tiempo de la física relativista.

Aunque esta imagen nos resulte difícil de admitir, pues niega realidad a nuestras vivencias tiempo—espaciales y por ende, a nuestra propia existencia, es necesario recordar, que constituye una derivación forzosa, de fórmulas matemáticas impecables y si como hemos dicho, la teoría de la Relatividad ha sido tantas veces confirmada, no nos queda otro camino, sino el de admitir las consecuencias de lo que ella nos impone como verdad científica.

Y es así, como surgen las siguientes e inevitables interrogantes:

¿Qué es lo cierto?

¿La verdad de la física moderna ó la realidad de las vivencias que dan sentido a nuestra existencia? Pretender contradecir a la Teoría de la Relatividad en estos momentos, sería una actitud tonta y desaprensiva.

Pero negar la realidad de nuestras vivencias y convertirlas en simple ilusión de nuestros sentidos, como pretende Einstein, sería inaceptable.

Frente a esa encrucijada, es necesario buscar una salida.

Y con esa finalidad, he publicado mi último libro, intitolado: "Dialéctica del Biocosmos", donde se concluye, que la solución consiste en no contraponer una realidad a la otra, pues la misma Teoría de la Relatividad nos demuestra, que eso es absolutamente innecesario. Ella establece, que frente a un mismo hecho, podemos tener realidades diferentes.

Creo que en estos momentos, vale la pena detenernos; revisar lo que entendemos por realidad y lo que es un organismo vivo, para apreciar lo que representa la presencia del hombre en el universo.

En esencia, un organismo vivo, no es mas que vacío espacial, donde un conjunto de átomos, han adquirido una organización peculiar, alcanzando características que lo diferencian de otras formas de materia. Sin embargo, ese organismo vivo, constituye un sistema abierto, en inter—acción constante con el resto del universo.

Desde que surge el DNA en medio de las aguas, con su capacidad de acción auto—catalítica, a la vez que hetero—catalítica, hace posible la perpetuación y la variación de lo que llamamos vida.

El evolucionismo, a su vez, nos muestra una multiplicidad de mecanismos utilizados por la naturaleza, en la selección y transformación de las especies, hasta culminar con la aparición del hombre.

¡Desde entonces, quedó transformado el universo!

La capacidad para usar las manos y la adquisición de un lenguaje articulado, incidieron de manera determinante, en el desarrollo del cerebro, que convertiría al Homo sapiens, en un ser privilegiado.

Las manos le han permitido crear la tecnología que hoy ostentamos, y con ésta, ha ampliado de manera sorprendente, la capacidad que le dió la naturaleza a sus órganos sensoriales.

Originalmente, esos órganos estaban destinados a orientarnos y facilitar nuestra supervivencia frente a las hostilidades ambientales, pero con el telescopio, el espectroscopio, el telescopio de rayos infra—rojos, el radio—telescopio y otros instrumentos, el hombre logra de manera progresiva, ampliar el universo que primitivamente conocía, agregando en el último siglo, la noción de millones y millones de galaxias en expansión.

Con el microscopio electrónico, penetra profundamente en la estructura de la célula y con los aceleradores de partículas nucleares, se introduce en lo mas recóndito de la materia, buscando los verdaderos elementos de la física. Y es así, como recientemente, se han identificado variedades crecientes de partículas sub—atómicas.

En resumen, el hombre ha llegado a conocer, gracias a su cerebro y a sus manos, muchas cosas que en principio le habían sido vedadas.

Pero desde mucho antes, ese cerebro del hombre había logrado algo de mayor trascendencia, al permitirnos segmentar el continuo espacio—tiempo del mundo físico.

Habiendo existido desde los primeros instantes del Big Bang, la intemporalidad fué intuitiva por los filósofos griegos, mantenida por otros mas recientes y expresada al fin matemáticamente en la Teoría de la Relatividad.

Cerca del año 500 A. de J.C., aparece la llamada "Tradición eleática" que tanta influencia ha tenido en nuestro pensamiento filosófico. Se llama eleática, porque nació en la isla de Elea y su figura principal fué Parménides.

La característica dominante de esta orientación filosófica, es la negación de cambio y sucesión, en lo que concierne a la "verdadera realidad". Esta se considera inmutable e intemporal; el cambio y la sucesión, no son otra cosa, que productos de las apariencias captadas por nuestros sentidos.

Este criterio se repite en Platón y en Plotino. Luego, lo expresa Spinoza (1632-1677), un siglo después lo mantienen Kant (1724-1804) y Laplace (1749-1827); lo mismo ocurre con Schopenhauer (1788-1860) y otros mas modernos.

Entre los mencionados, hay que destacar el pensamien-

to de Kant, quien renueva el platonismo y en forma similar a la "verdadera realidad eleática", introduce el concepto de "la cosa en sí", acerca de la cual nunca sabemos la esencia.

Los fenómenos y las apariencias que afectan nuestros sentidos, nos proporcionarían lo que limitadamente llegamos a saber.

En su "Crítica de la Razón Pura", establece también el concepto de un "a priori sintético" que nos permite conocer el tiempo y el espacio, asegurando, que esa condición es "instintiva y propiedad inherente de la mente humana.

Para él, nuestro conocimiento del tiempo es sistematizado por la aritmética y se basa en la "intuición de la sucesión", mientras nuestro conocimiento del espacio, es sistematizado por la geometría.

Con estos pensamientos y sin haber tenido el privilegio de alcanzar la Teoría de la Relatividad, Kant presente y se adelanta a nuestra postura actual, y lejos de considerarlo ilusorio, señala el hecho, de que "el conocimiento del tiempo y del espacio es "propiedad inherente de la mente humana", aunque lo califique de instintivo.

Por su parte, Henri Bergson, el destacado filósofo francés, considerado como uno de los valores representativos de este siglo XX y ganador del Premio Nóbel de Literatura en el año 1927, considera que el concepto de tiempo, característico de nuestra vida, "se reduce a nuestra incapacidad de conocer todo a la vez".

Para mí, en cambio las cosas son diferentes.

El Homo Sapiens ha demostrado su capacidad para percibir la existencia de una realidad intemporal, no sólo intuyéndola como Parménides, sino estructurando las fórmulas matemáticas que nos brinda la Teoría de la Relatividad, demostrando la necesidad de un continuo espacio-tiempo.

Apreciamos no solamente la imposibilidad de separar los dos componentes de ese continuo, sino la de fragmentar el tiempo, en la realidad del mundo físico.

Pero no obstante el conocimiento de esa indivisibilidad, el hombre ha logrado establecer, dentro del marco de ese mundo vivo, que he querido denominar el "Biocosmos", una realidad ajena a la realidad del mundo físico.

Esa realidad se alcanza, gracias a nuestras percepciones témporo-espaciales y contiene la noción del pasado, el presente y el futuro.

Esto, desde luego, crea importantes implicaciones conflictivas, entre lo físico y lo biológico.

Los átomos, en sentido general, no pueden evadir ni desobedecer a las leyes físicas que rigen el universo; se comportan de acuerdo a las predicciones cuántico-relativistas y en forma ajena a nuestras percepciones témporo-espaciales.

Pero mientras participan en la constitución de un organismo vivo, se conducen como prisioneros en una cárcel de estricta disciplina, donde las funciones vitales, representan

procesos específicamente controlados.

Cuando logran escapar por nuestros emuntorios o al desintegrarse nuestros cuerpos con la muerte, recuperan su libertad y marchan hacia el estado de máxima entropía, que parece ser el destino del universo. Sin embargo, sometido a las condiciones que exigirían los viajes inter-estelares, alcanzando velocidades cercanas a la velocidad de la luz, nuestro cuerpo sufriría en sus procesos biológicos, los efectos de la inflación del tiempo que predice la Teoría Especial de la Relatividad. Esto es, que toda actividad biológica se haría extremadamente lenta.

Como se ve, la participación de nuestros átomos, en esos procesos biológicos, no obedece a la hora que marcarían para nosotros las agujas del reloj, sino a las variaciones que sufre el valor del tiempo, según lo establece la Teoría Especial de la Relatividad.

Pero los cambios químicos que ocurren en el interior de la célula, se expresan en la actividad funcional de los órganos y esas funciones están íntimamente relacionadas, con los estados emocionales que nos producen los desplazamientos de esas agujas.

De ese modo, se evidencia en cada uno de nosotros, una dualidad de apariencia irreconciliable.

Mientras nuestros átomos obedecen a la intemporalidad de la física, nuestro cerebro nos obliga a pensar en el mañana y nos martiriza con el transcurrir de las horas, al crear obligaciones cuyo cumplimiento nos hemos impuesto.

De ese modo, nace el estado emocional, lleno de afanes, capaz de perturbar nuestra fisiología.

Vivimos en ansiedad, por haber adquirido la facultad de segmentar el continuo espacio-tiempo y proyectarnos al futuro.

Por otra parte, si continuamos con los aportes que nos hace la física relativista; agregamos además algunas ideas extraídas del pensamiento de Teilhard de Chardin y añadimos la contribución de Jung, al introducir el concepto del "Inconciente Colectivo", nos vemos inducidos a considerar nuestra mente, como una entidad representativa de la materia e involucrada en los mismos procesos evolucionistas que caracterizan al aspecto somático.

Esto es, que nuestra mente, es equivalente a nuestros tejidos y nuestros órganos.

Les ruego ahora, que perdonen mi impertinencia, si queriendo justificar esta afirmación, hago mención de asuntos personales. Pero realizo ese esfuerzo, porque temo, que pueda parecer una idea peregrina, si no se hacen más aclaraciones.

Mi padre iba a ser sacerdote; en mi familia se respiraba un ambiente de fe y fervor religioso; se iba a misa los domingos y los días de precepto; se confesaba y se comulgaba con regularidad.

Desde niño, quedó impreso en mi memoria, el impacto

producido por una misa, en la celebración de una Semana Mayor.

Como ustedes saben, el Jueves Santo, las campanas de la iglesia, enmudecen; los retablos son cubiertos con lienzos oscuros en señal de luto y todo es recogimiento. Pero en la misa de resurrección, de manera súbita, las campanas lanzan su alegría a los vientos, se corren los velos y aparece la imagen de Cristo, bañada de luz y en actitud de triunfo sobre la muerte.

Para mí, repito, esa escena fué tan impresionante, en esos momentos, que puedo revivirla todavía.

Pero mas adelante, tuve que causar a mi padre, la única pena que le proporcionará uno de sus hijos y que lo preocupó hasta el momento de bendecirme a la hora de su muerte.

Sufrió, porque mis inquietudes científicas y filosóficas, no permitían que se manifestara en mí, la Fe que él esperaba.

Esa primera virtud teológica de Santo Tomás de Aquino, dejó de acompañarme tempranamente.

Hoy en cambio, veo a Dios, como una necesidad, al percibir el sentido cósmico de la religión, que se deriva de las enseñanzas de Einstein.

Y es precisamente, pensando en las implicaciones derivadas de la conocida ecuación $E=mc^2$, como he podido vibrar con una emoción parecida a la que me produjo, aquella misa de mi infancia.

Esta expresión matemática, que muchos mencionan como incluida en la publicación de la Teoría de la Relatividad, pero que realmente aparece en otro trabajo fechado unos años después, contiene significados sorprendentes.

Es de esperarse, que ante todo nos haga pensar, en su relación con la fabricación de la bomba atómica, pero en esta ocasión, quiero referirme a otros aspectos.

En esencia, la fórmula expresa que la energía y la materia, son valores intercambiables y si pensamos en el enorme caudal de energía que nos proporciona nuestra mente, es indudable, que matemáticamente puede ser representada como materia.

Si pensamos no sólo en nuestros conocimientos, sino en las emociones y sentimientos, siguiendo el camino trazado por Jung, podemos ver una clara trayectoria evolucionista, en el contenido psíquico de la especie.

Pero al hablar de emociones y sentimientos, podemos retroceder mas lejos todavía.

En mi libro intitulado "Simplemente un Rayo de Luz", al referirme a las emociones y en búsqueda del origen del amor, tuve la idea de presentar el átomo, como "cópula eterna de protones y electrones", con lo cual, el amor se anticiparía a la aparición de la vida.

De igual manera mencioné la atracción selectiva que existe, entre algunas fracciones de la complicada estructura del DNA, induciendo a pensar, por asociación de ideas, en la fantasía del amor a nivel de biología molecular.

Pero si se penetra en el biocosmos y se recorre, desde los entes unicelulares, hasta llegar al Homo sapiens, se puede apreciar, como se transforman y se agigantan, el amor y otras emociones, al llegar a nosotros.

Hasta aquí, mi empeño en demostrar que nuestra mente posee equivalencia a materia y que sigue una trayectoria evolucionista similar a la que ofrece el aspecto somático.

Si además, pensamos como médicos y evaluamos el sentimiento y las emociones en lo que concierne a la enfermedad y a los enfermos, nos damos cuenta, de la interdependencia que existe entre lo psíquico y lo orgánico; aún sin insistir en esa equivalencia "mente—materia" extraída de ideas relativistas.

Hoy estamos aquí, reunidos por el deseo de curar ó aliviar el sufrimiento y de retrasar la muerte en algunas ocasiones.

Pero al llegar a este punto, es inevitable hacer también, algunas consideraciones de orden filosófico.

¿Qué es la muerte?

Qué mecanismo sutil se interrumpe, para que desaparezca la vida y se instale la muerte?

Ni la ciencia ni la filosofía han podido darnos, una respuesta satisfactoria en sentido general, a esas preguntas.

Lo que ocurre después de la muerte, nos ha sido vedado conocerlo.

Las pretensiones de la paratanatología, carecen de sustentación.

Para muchos, el significado de la vida se hace cuestionable, por el hecho de que todos tenemos que morir.

Otros en cambio, con un punto de vista opuesto, se preguntan, si no existiría un mayor problema, en cuanto al significado de la vida, en caso de que ésta fuera interminable.

Víctor Frankl dice, que "la muerte en sí misma, es lo que da significado a la vida".

Si fuéramos inmortales, podríamos posponer cualquier acción indefinidamente; si decidiéramos en ese caso, que debemos hacer algo, no tendría la menor consecuencia intentarlo inmediatamente ó después; porque siempre habría tiempo para hacerlo.

En cambio, cuando pensamos que con la muerte se terminan nuestras posibilidades de hacer lo que deseamos, sentimos el imperativo de aprovechar nuestro tiempo de la mejor manera posible.

Lucrecio, hace un señalamiento verdaderamente interesante, cuando observa que antes de nuestro nacimiento y aún antes de nuestra concepción, hay una ausencia infinita de tiempo y de existencia para nosotros; sin que esas ausencias de tiempo y de existencia nuestra, lleguen a mortificarnos. Pero nos perturba abrumadoramente, la ausencia infinita de tiempo y de existencia nuestra, después de la muerte.

¿Por qué esa asimetría?

Aparentemente, nuestro rechazo a morir, se debe no sólo al hecho de que se terminen nuestras oportunidades de hacer cosas en sentido general, sino a la imposibilidad de realizar aquellas, que justifiquen y le den significado a nuestra vida.

Esto explica, que se haga menos duro aceptar la muerte en las siguientes circunstancias:

- 1º Cuando nos sentimos satisfechos con los logros alcanzados y adquirimos la convicción de que hemos justificado nuestro paso por este mundo y nuestras actuaciones le dieron significado a nuestra existencia.
- 2º Cuando se busca la muerte en un acto heroico; porque ese mismo acto heroico y esa muerte, le dan significado a la vida.
No se muere en vano y se busca la perpetuación de nuestra imagen, con un recuerdo favorable, mas allá de nuestra desaparición.
- 3º Cuando la Fe religiosa nos garantiza otra vida después de la muerte.
- 4º En aquellos casos patológicos, en que se instala una depresión, sea endógena o exógena, haciéndose la vida tan aborrecible, que el afán incontenible de auto-destrucción, conduce el paciente al suicidio.

Y es que existe una gran similitud entre la idea de Aristóteles, transcrita al latín con la conocida expresión "Natura abhorret vacuo" y nuestro terror de convertirnos en puro vacío con la muerte.

La naturaleza aborrece el vacío y a nosotros lo que mas nos atemoriza de la muerte, es la desaparición total y para siempre, convirtiéndonos solamente en vacío.

Si logramos llenarlo, aunque fuere con la imagen del recuerdo, no nos sentimos tan mal.

He ahí, el afán de immortalizarnos con nuestras obras; para nuestras familias y para la posteridad. No importa que se trate de un hombre enamorado o de un padre amantísimo; de un faraón, de un científico, de un escritor, de un artista o de un poeta.

Es interesante, que el hombre introduce en el universo, la noción tiempo-espacial, con pasado, presente y futuro; pero muestra la reacción instintiva de perseguir la intemporalidad, con el anhelo de eternizarse.

Para terminar, quiero recordarles que estamos próximo al inicio del tercer milenio.

No es improbable, que las ideas de Niels Bohr, mencionadas anteriormente, puedan hacerse realidad, en un futuro aunque no cercano y que los procesos biológicos, queden

incluidos en una rama especial, de las matemáticas que rigen a la mecánica cuántica.

En el momento que eso ocurriere, los conceptos mas elementales que tenemos hoy, como base de sustentación para nuestros conocimientos en biología y por ende en medicina, se verán tan distantes, como vemos ahora a los alquimistas medievales.

Es penoso saber, que no se estará presente para disfrutar de ese brillante futuro, que pertenecerá a la humanidad, siempre y cuando no se destruya ella misma, por falta de amor y comprensión entre los hombres.

Pero mientras tanto, podemos felicitarnos por estar celebrando eventos como éste; así seguiremos aprendiendo y nos acercaremos a los conocimientos del futuro.

Sin embargo, me atrevo a garantizar, que difícilmente, podrán los avances científicos y tecnológicos, desplazar al sentimiento y las emociones, del lugar que ocupan en nuestras relaciones humanas.

Durante toda mi vida profesional he tenido el placer de trabajar junto a uno de los grandes cirujanos de nuestro país y en una ocasión oí decir, que ese señor, "además de una habilidad innata y de sus grandes conocimientos, tenía mucha suerte con los post-operatorios".

Seguro de no equivocarme, contesté, que yo conocía el secreto de esa buena suerte; porque quien lo analiza, se da cuenta, de que él aprendió a ocultar su timidez y su fina sensibilidad, tras la mampara de una expresión seria y el uso de pocas palabras; pero que en los momentos precisos, sabía derramar a caudales, el amor y la confianza, sobre el lecho de cada enfermo.

Nunca podrían, la vana coquetería de la "primadonna" ni el pavoneo arrogante y toreroide, obtener los mismos resultados.

No debe ignorarse, que a veces, la diferencia entre una úlcera de "stress" o una distensión abdominal que entorpece el post-operatorio y una evolución libre de dificultades; puede representarla, el beso amoroso del cónyuge, la ternura del hijo o la mano que sosteniendo otra mano, forma un ancla incrustada en nuestras profundidades afectivas.

Sigamos compartiendo la satisfacción de curar o de aliviar a nuestros enfermos y conservemos fresca la sensación, de dar lo mejor que hay en nosotros, para ayudar a una humanidad doliente.

Muchas gracias, cirujanos.